

En latín, *alienare* contaba ésta entre sus acepciones («Mirum in modum a se bonos *alienavit*», CICERÓN: *Ad Att.*, I, 14), como asimismo los de 'apartarse de la amistad o amor de alguno y entregarlos a otros', 'volverse extraño o indiferente', 'sentir aversión contra alguien o contra algo' («Nec ambigitur, provinciam et militem *alienato* erga Vespasianum animum fuisse», TÁCITO: *Hist.*, IV, 49), lo que explica los versos de Salicio:

*Cuando tú enajenada
de mi cuidado fuiste,
notable causa diste
y ejemplo a todos cuantos cubre'l cielo
que'l más seguro tema con recelo
perder lo que estuviere poseyendo.*

(Egl. I, 147-152.)

Quién sabe si no habremos de interpretar como 'indiferente' y referido al correr del agua el *enajenado* que emplea el pastor al soñarse nuevo Tántalo:

*Ardiendo yo con la calor estiva
el curso enajenado iba siguiendo
del agua fugitiva.*

(*Ibid.*, 123-125.)»²⁵

Inesperado fenómeno, como muy bien señala don Rafael en el estudio sobre este mismo hecho en la poesía de fray Luis, en cuya obra—con opinión de desaliñada en algunos estudiosos—observa que frente a una «notable parquedad en la introducción de voces nuevas, contrasta la abundancia de latinismos semánticos: palabras ya asentadas en el idioma aparecen en fray Luis con un sentido inusitado que corresponde a precedentes latinos. Dámaso Alonso, al estudiar la obra poética de Francisco de Medrano, señaló la importancia de estos 'cultismos de acepción', generalmente desatendidos»²⁶. Pero más inesperado es el fenómeno en el poeta guerrero, por lo que el crítico se pregunta «qué sentido tiene en la poesía de Garcilaso esta abundante introducción o acogida de acepciones sabias [...]. Es perfectamente explicable que Garcilaso parco en vocablos nuevos, gustara, en cambio, de estas inflexiones del contenido verbal, tan prudentemente dosificadas que, salvo las pocas anotadas por los comentaristas del siglo XVI, han pasado inadvertidas largo tiempo»²⁷. Y nos preguntamos si, además, no se podrá pensar que—ya que se dan en poemas compuestos después de su llegada a Nápoles, y teniendo en cuenta la alta frecuencia, en los ejemplos es-

²⁵ «El cultismo semántico en la poesía de Garcilaso», en *Revista de Estudios Hispánicos*, Universidad de Puerto Rico, II, 1972. *PyP*, págs. 93-109. Págs. 98-99.

²⁶ «El cultismo en la poesía de Fray Luis de León», *PyP*, págs. 11-145. Pág. 114.

²⁷ *PyP*, pág. 109.

tudiados por Lapesa, de usos y acepciones que se hallan en Cicerón—acaso se trate de un signo de adhesión de nuestro máximo poeta al movimiento ciceroniano encabezado por el cardenal Bembo—movimiento atacado violentamente por Erasmo en 1528, en su *Ciceronianus*, que tanto eco y difusión tuvo en España—, movimiento entre cuyos grandes jefes se contaban Navagiero, Castiglione y Girolamo Seripando, nombres tan vinculados a nuestro poeta, sobre todo el gran agustino, con quien había mantenido en Nápoles estrecha amistad y a quien dirigió la última carta que de él conocemos. Por Seripando tenemos precisamente noticias de las preocupaciones e intereses de Garcilaso por cuestiones de teoría poética. Pero también cabría preguntarse, puesto que estos cultismos son anteriores a la difusión de la *Poética*, de Aristóteles, si no hay que pensar, incluso para la poesía lírica, en una fuerte influencia de la preceptiva retórica, en especial del capítulo de la elocución. La importancia que metodológicamente tienen estos estudios de Lapesa es a todas luces evidente: nos abren gran número de caminos en el mar de la filología y de los estudios literarios.

No voy a reseñar sus dos libros de asunto literario porque ya lo han hecho, y con la erudición y autoridad necesarias, serios especialistas, y porque ya son clásicos, aunque siguen vivos y vivificantes; pero voy a extraer un breve florilegio de toda su obra, que nos juzgue, mejor que las ponderaciones de un discípulo, su propia obra y nos revele algunas de sus concepciones teóricas.

De Lapesa crítico literario se podría decir lo que él ha escrito de María Rosa Lida:

«se dan la mano el más vasto saber y la más sana teoría de la creación literaria. No muestra el menor ahorro de esfuerzo: cada problema, cada detalle han sido examinados a fondo, lo que ha obligado a tener en cuenta una ingente serie de obras literarias y una bibliografía nutridísima. Pero esta erudición no se acumula innecesariamente, sino que está orientada con vistas a una sólida construcción doctrinal»²⁸.

No hay definición mejor de don Rafael Lapesa que ésta, en cada uno de sus detalles. Se diría que cuando trazaba la semblanza intelectual de la señora de Malkiel, al escoger aquellas virtudes de él mismo preferidas, se estaba autorretratando. El vasto saber suyo es básicamente el de un riguroso lingüista, pero también el del filólogo: editor de textos, historiador, y el del más científico crítico literario. Pero todo eso integrado no solamente en un concepto poético—nada dogmático, sino muy dinámico—, sino también en un pensamiento filosófico. Esa construcción doctrinal es la que ya se ha señalado más arriba en su

²⁸ PyP, pág. 58.

primer artículo literario: una comprensión integral e integrada del ente literario y una personal y coherente visión del mundo.

Las teorías literarias vigentes en el segundo cuarto del siglo se orientaban hacia una comprensión más integral del ente literario; significados y significantes no eran ya facetas excluyentes, sino dos caras de una misma moneda. Pero los idealismos y esteticismos exaltaban la insularidad de la obra de arte, su valor intrínseco, con desatención, y a veces rechazo, de lo considerado extrínseco: personalidad del autor, referentes, circunstancias histórico-culturales, períodos estéticos, géneros, historia literaria. Una obra poética que se atreviera a tener intencionalidad extra-estética era considerada «ancilar», espuria. Restos de aquellos lodos—aunque polvillo menudo—aún se andan salpicando las interpretaciones de las grandes obras. Pero don Rafael no parece haber sido salpicado siquiera por los polvos de marras, como creo queda demostrado en la apretada visión de su obra. Su visión doctrinal, desde el primer momento, es integral, nunca negativa: la obra—autor, fines, temas, fuentes, estructuras, estilo, lengua—, pero también el entorno social y cultural, el género, la historia literaria, y por qué no, también las disciplinas menores didácticas: el manual auxiliar, el comentario de textos.

Sobre el influjo de la tradición en la originalidad del autor, dice:

«En toda obra literaria la actividad creadora opera sobre un fondo de tradición recibida. Sólo conociendo ese fondo puede valorarse la aportación personal del autor, tanto al reelaborar o rechazar algo preexistente como al añadir elementos nuevos»²⁹.

Como ya se ha visto repetidamente, el estudio de fuentes le ha interesado siempre, a pesar de las modas adversas:

«Toda elección de fuentes es ya en sí un importante acto estilístico»³⁰. Y sobre la tan traída y llevada cuestión de la imitación en el Renacimiento:

«Se admite sin reservas el valor artístico de la imitación, conviniéndose que el hecho de utilizar el tesoro de temas y expresiones existentes en los clásicos griegos, latinos e italianos es muestra de sabiduría y de respeto a la tradición culta: la habilidad de los poetas consistirá en engastar en sus obras estas gemas ya labradas, sin perjudicar a la propia originalidad»³¹.

Pero como hemos visto, otra de las notas caracterizadoras de sus métodos de crítica es su permanente visión diacrónica de las cosas

²⁹ *PyP*, pág. 210.

³⁰ *Idem*.

³¹ *DEM*, pág. 154.

que estudia, tanto temas como formas. Y uno se pregunta: ¿Es que ha influido en ello, además de los hábitos de historiador de la lengua, esa admiración tan grande que muestra por don Marcelino Menéndez y Pelayo, a quien llega a dedicarle uno de sus libros, el de Santillana, y en el que dice:

«el mejor homenaje al maestro santanderino es seguirle, aunque de lejos, en el amoroso *historiar de nuestras letras?*»³²

Hasta en esta pública confesión de discipulazgo de don Marcelino está el Lapesa que todos admiramos—aunque no seamos capaces de imitarle—y estimamos tanto: personalidad incorruptible: ni las modas ni las oportunidades le impulsan en sus elecciones, sólo la verdad y el bien de los demás, la justicia conmutativa. Su mejor semblanza humana—ya han escrito sobre ella inigualablemente don Américo Castro y Jorge Guillén³³—es la que él mismo ha trazado de Alonso Zamora Vicente:

«Catedrático [...], académico [...], la manera de ser no [le] ha cambiado por la convergencia de estos dos esdrújulos. Nada estirado, nada solemne, nada señorón. [El tiempo no le ha] quitado la capacidad de entender a las generaciones que llegan y gritan; de abrir los ojos—sin embobamiento, pero con atención ávida—ante el cambio que el mundo está dando; de percibir sus directrices y de aceptar cuanto es positivo en las novedades que se nos imponen»³⁴.

Así es don Rafael, interesado siempre por la criatura más valiosa del universo mundo, como veían nuestros humanistas: el hombre. Su labor, su crítica, es más que una maravillosa técnica de iluminar de textos o de interpretar momentos históricos, el arte aún más difícil y maravilloso: explicar personas, no arquetipos, sino personas. Personas son los autores que estudia, y la lectura para él, como para Quevedo y para Descartes, es una conversación, un diálogo callado, de una parte, con las grandes almas que se han expresado a través de poesía o de ensayos.

LUISA LOPEZ GRIGERA

Universidad de Michigan
925 Lutz
ANN ARBOR, Michigan 48103
(USA)

³² *La obra literaria del Marqués de Santillana*, dedicatoria [pág. 9 de preliminares].

³³ Ambas semblanzas en el vol. I de *Studia Hispanica in honorem R. Lapesa*, Madrid, Gredos, 1972.

³⁴ *PyP*, pág. 419.